

Los papeles mallorquines de Camilo José Cela

Adolfo Sotelo Vázquez

«Mallorca es un buen país para vivir y laborar
en paz. En Mallorca, sabiéndola observar, la paz se hace tangible
y asoma, como el alegre pájaro del monte,
tras cualquier esquina o sobre la más impensada y recoleta rama»
(CJC, «Pequeña fiesta», mayo de 1960)

«Cela era un home que mai no s'acaba, un home que no té fi»
(Blai Bonet, *La mirada. Diari segon*, 1975)

I

Si no ando errado creo que la primera relación del joven Camilo José Cela, autor de *La familia de Pascual Duarte* (1942), con Mallorca tiene como puente a Miguel Villalonga, el autor de una espléndida y olvidada novela, *Miss Giacomini*, que vio la luz en la revista *Brisas*—que dirigía su hermano Lorenzo Villalonga— entre 1934 y 1936, para ser editada en libro en 1941 por el inolvidable editor barcelonés, José Janés. Miguel Villalonga, que murió en Bunyola en 1946, tras una enfermedad que lo tuvo parálítico y postrado en la cama, era—como señaló Elisabeth Mulder en el prólogo a la primera edición de la *Autobiografía* de Villalonga en diciembre de 1947— «un gran señor por la cuna, por el espíritu y por el intelecto»¹. Gran señor y militar antirrepublicano, pero nunca enrolado en la Falange, escribió en las últimas líneas de su *Autobiografía* (1947) acerca de los años terminales de su vida en la casa familiar de Bunyola: «Aquí también prosigo mi destajo periodístico de colaboraciones al por mayor»². Dichas colaboracio-

¹ Elisabeth Mulder, «Prólogo» a Miguel Villalonga, *Autobiografía*, Barcelona, José Janés, 1947, p. 10.

² Miguel Villalonga, *Autobiografía*, p. 221.

nes veían la luz en *Baleares* y en *Solidaridad Nacional*, y en ellas se ocupó en varias ocasiones de CJC, a la par que comentó indirectamente *La familia de Pascual Duarte* y reseñó para el periódico barcelonés *Pabellón de reposo* (1943). Ese puntual conocimiento de los quehaceres del joven Cela como refrenda la correspondencia entre los dos escritores y los artículos que he mencionado, desemboca en esta tajante, radical e iluminadora confesión. Se trata de una carta de Miguel Villalonga fechada el 24 de agosto de 1945:

«Vd. desgraciadamente para la antipatía intuitiva que le profeso, sigue siendo el mejor novelista de ahora (y de ayer: mi admirado Pío Baroja no es más que un imitador retrospectivo de usted)».

Con *La familia de Pascual Duarte*, *Pabellón de reposo*, y *Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes* —me ciño al territorio de la novela— como alforjas, creo que la recelosa opinión de Miguel Villalonga es la más sincera afirmación que la época ofrece del valor y la significación literarias del joven CJC.

Pero todavía tiene más miga esta relación entre el escritor mallorquín y el joven maestro gallego. Se trata de un texto que Miguel Villalonga publica bajo el marbete de «Carta abierta dirigida a Don Camilo José Cela. En algún café. Madrid» en *Baleares* (21-IV-1944) y que fue exhumado por Margalida Socias Colomar. Es esta carta abierta Villalonga le reprocha su fama de trashumante de cenáculos madrileños, añadiendo:

«Comprenderá Vd. que yo no puedo autorizar esta relajación de CJC, al Mármol Secular de los Veladores del café. Y no me arguya preguntándome quién soy yo para entrometerme en tales entrometimientos, porque yo mismo lo ignoro. Es para bien y defensa de CJC que le escribo esta carta»³.

Como la carta deja entrever el receloso amigo mallorquín le aconsejaba implícitamente que abandonase el trasiego de la chismografía literaria madrileña para ejecutar el trabajo gustoso de las obras bien hechas. Por ello me permito ver en el texto de Villalonga el pórtico de la decisión que Cela toma en febrero de 1954 y ratifica en 1955 de instalarse en la isla de Mallorca. Decisión que justificaba ante Marino Gómez Santos en 1958 con estas palabras: «Yo vine a Mallorca a trabajar y no a dar cócteles»⁴.

³ Margalida M. Socias Colomar, Miguel de Villalonga. Antología de artículos literarios 1931-1946, *Palma de Mallorca, El Tall*, 1993, pp. 165-166.

⁴ Marino Gómez Santos, Camilo José Cela, *Barcelona, Cliper (Colección «Pequeña historia de grandes personajes»)*, 1958, p. 37.

Creo que se puede sostener sin miedo a errar, con cauteloso tiento (por usar una expresión querida del maestro), que la decisión de escribir *La Catira* en la isla hay que verla a la luz del hastío que le producía a la altura de 1954 lo que Miguel Villalonga le había advertido décadas antes: la vida intelectual y literaria madrileña. A ello habría que añadir un sumando político: el descontento con el *modus operandi* del Ministerio de Información y turismo, regido por Gabriel Arias Salgado, a quien CJC escribió una carta –no cursada– a comienzos de febrero del 54 en la que se pueden leer estas inequívocas palabras:

«Y el paso que voy a dar no puede ser más sencillo: me voy. Pero no pienses que me voy al extranjero; la ingenuidad es una grave tara política. Me voy, sí, pero no me voy más que del medio, de este enrarecido y viciado medio en el que no puedo ni quiero respirar. Cuando el tiempo se encargue de ventilar el cotarro abriendo una ventana –léase esta censura que nos agobia y, lo que es más grave, a cambio de nada– yo regresaré como ahora me voy: tímidamente y sin echar los pies por alto»

En una entrevista de junio de 1954, con motivo de una de las muy frecuentes estancias barcelonesas de Cela –acababa de llegar desde Palma– a la pregunta de Néstor Luján –quien recordará en la *Memòria personal, El punt estret dels anys 50* (1995) que «El vaig conèixer moltíssim, sobretot als anys cinquanta a Barcelona»– «De la vida intelectual madrileña, ¿qué opinas?», Cela contesta:

«La vida literaria es una revuelta noche en la cual todos los gatos son pardos. La vida literaria no tiene más interés que la vida odontológica o filatélica. Será importante la vida literaria si los escritores hacen algo...»⁵

Hastiado de la vida literaria madrileña y con los deberes por hacer de *La Catira*, Cela llegó acompañado de Charo, su primera mujer, a Mallorca. Su hijo ha recordado en *Cela, mi padre*, que «El puerto de Pollença era el lugar ideal para lo que buscaban mis padres»⁶. José Pardo, director literario de Ediciones Noguer, editorial con la que Cela contrató *La Catira*, le escribe en carta del 13 de agosto del 54: «Celebro que Villa Clorinda reúna las condiciones precisas para su trabajo», confirmando contemporáneamente lo que Cela Conde relató en el libro ya citado.

⁵ Néstor Luján, «Camilo José Cela nos habla de la novela actual», El Noticiero Universal (1 -VI- 1954).

⁶ CJC Conde, Cela, mi padre, Madrid, Temas de hoy, 2002, p. 76.

Ciertamente CJC llevó a cabo con rigurosa y estricta puntualidad sus deberes novelísticos y las cartas que escribe a Pepiño Pardo con membrete del palmesano Virginia Hotel en los comienzos del otoño del 54 –saliente del quirófano– hablan de la finalización de *La Catira*. Habían sido siete meses largos y continuados en la isla, salvo la escapada a Barcelona a la que aludí hace unos instantes. Siete meses muy fructíferos para su conocimiento de Mallorca. En una entrevista que bajo el título de «Adiós a Camilo José Cela» ofrece a sus lectores el diario *Baleares* del 3 de octubre de 1954, el escritor se explica:

«–En Mallorca he vivido y he trabajado a gusto; en Palma empecé y en Puerto Pollensa puse punto final a mi novela *La catira*, en la que recojo las innúmeras sugerencias de mi viaje del año pasado por tierras venezolanas; en Mallorca hice buenos y numerosos amigos...

– ¿Cuántos?

– ¡Cualquiera se atreve a enumerar! ¡Muchos! ¡Muchísimos! Quizás salvo La Coruña donde nací, y Madrid, donde vivo desde niño, sea Mallorca el rincón de España donde tengo más amigos. Creo que el dato no deja de tener una pequeña importancia.

– ¿Te vas contento de la isla?

– Sí, sin duda alguna, muy contento. Mallorca ha sido para mí un descubrimiento: a pesar de la propaganda inhábil que suele hacer el Turismo»⁷.

De regreso en Madrid y con el paréntesis del viaje a Inglaterra de un mes de duración alcanzamos el final del año 1954. Diversos testimonios periodísticos de la época hablan de la fascinación que la estancia mallorquina ha producido en CJC, quien, a juicio de Waldo de Mier, corresponsal del diario *Arriba* en Palma, «se hizo amigo de todo el mundo»⁸. Precisamente el sosiego que habilitaba el trabajo gustoso y la cordialidad sean las razones por las que –apelo al relato de Cela Conde– «en el mes de junio del año 1955 la familia se trasladó de nuevo a Villa Clorinda, de veraneo, pero con la firme intención de no volver nunca a Madrid»⁹. Los primeros meses del 55 suponen para CJC una nueva operación quirúrgica, con viaje a Barcelona para firmar ejemplares en la Casa del Libro a mediados de marzo y el viaje a Venezuela que se inicia el 25 del mismo mes.

⁷ «Adiós a Camilo José Cela», *Baleares* (3-X-54).

⁸ Waldo de Mier, «Los visitantes famosos durante el año 1954», *Arriba*, (24-55).

⁹ CJC Conde, *Cela, mi padre*, p. 84.